

La descripción nos parece importante por varias razones. En primer lugar, se trata de la primera descripción que tenemos de esta ciudad; además, precede cuarenta años al retrato de Bijapur elaborado por el embajador mogol, Asad Beg Qazwini<sup>15</sup>. Así, desde un punto de vista puramente documental, el texto de Gonçalo Rodrigues tiene su importancia. Sin embargo, como mínimo hay otro aspecto que vale la pena señalar: la tensión entre la evaluación militar de la ciudad y de la fortaleza y el menosprecio hacia la calidad de vida de la sociedad; desprecio que ya notamos en el caso de la descripción de la ciudad de Belgaum. Por encima de todo, la presencia de musulmanes –«tantos como bichos»– hace de esta ciudad un lugar en el que nuestro jesuita se siente incómodo.

Enseguida pasamos a la descripción de la corte, a la que el grupo de portugueses fue convidado tres veces. La primera visita se llevó a cabo el día 3 de abril, «al tercer día de nuestra llegada, el rey nos hizo llegar el aviso de que fuéramos a palacio rápidamente». Los tres religiosos acompañaron al embajador Francisco Lopes, aunque también asistieron «algunos portugueses que se encontraban en esta corte así como algunos que habían venido con nuestra compañía». Para Rodrigues y sus compañeros la primera visita fue una «mortificación»; el grupo esperó en una zona cercana al palacio durante mucho tiempo –lugar en el que encontraron a Sher Khan, capitán de Belgaum– antes de recibir un nuevo aviso del rey en el que se les comunicaba que no podría verlos hasta el día siguiente. Notamos claramente una alteración en el tono de la carta; el optimismo sobre una conversión rápida del rey ha desaparecido. Así: «Cuando vimos que la prisa que antes nos daba, por la que en cuanto llegásemos debíamos ir a palacio, se tornaba tardanza, entendimos que el rey había modificado su primera intención y curiosidad y que de nuestro viaje no obtendríamos nada». De todos modos, el jesuita tuvo ocasión de observar la parte exterior del palacio, e hizo los siguientes comentarios: «En la entrada del palacio se levantan unas tiendas reales y ricas con dos leones por armas de las que suele llevar al campo. En la entrada hay un portal muy rico que este rey reconstruyó con una leyenda creo que en lengua persa, ya que ésta es la más corriente

<sup>15</sup> Para una discusión sobre el texto de Asad Beg, véase P. M. Joshi, «Asad Beg's mission to Bijapur, 1603-1604», en Sen, coord., Mahamahopadhyaya Prof. D. V. Potdar Sixty-First Birthday Commemoration Volume, Poona, 1950, pp. 184-196; y también Joshi, «Asad Beg's return from Bijapur and his second mission to the Deccan, 1604-1606», en V. D. Rao, coord., Studies in Indian History: Dr. A. G. Pawar Felicitation Volume, Bombay, 1968, pp. 136-55. Para una visión más general, véase Muzaffar Alam y Sanjay Subrahmanyam, «Uma sociedade de fronteira do século XVI: Perspectivas Indo-Persas no Decão Ocidental», Océanos, Núm. 34, 1998, pp. 88 a 101.

entre los nobles de esta corte. En esta entrada hay unos guardas, que tienen por oficio defender la puerta e impedir la entrada a los que quieren entrar. Entramos más adentro. Fuimos a parar a una explanada que de un lado al otro era un jardín con un hermoso estanque con surtidores, y con la casa del tesoro, y otras dos grandes que son las dependencias en las que vive el rey, a modo de las de los moros. Sin ninguna duda, son mejores las del rey de Ormuz o las del rey Xarafo».

Nuestro jesuita no parece muy impresionado. Hasta las casas del *vazir* de Ormuz, Ra'is Sharafuddin fali («el rey Xarafo») le parecían mejores que este palacio real. Asimismo, en su tercera visita, Rodrigues trata las manifestaciones del poder real en Bijapur con cierta ligereza. Es el caso de una fiesta organizada el día 5 de abril, a la que los portugueses fueron invitados: «Al día siguiente [el rey] nos mandó llamar para que viéramos unas grandes fiestas que hacía, en las que dicen que gastó 50 mil *pardaos*, en homenaje a un hermano de Zamaluquo [Nizam-ul-Mulk], que le había pedido protección. Vimos muchos brocados, terciopelos y otras sedas, y una calle cubierta de ellos y de muchas creaciones muy ricas, y bailes y gran suma de calambuco y sándalo en polvo por el suelo y muchos otros aromas, y algunas ricas piezas de pedrería, como doseles ricos y gran cantidad de comida y bebida, que más parecía un mercado que otra cosa. Pero según nuestro buen uso y costumbres todo esto es exiguuo porque éstos gastan mucho y les luce poco ya que les falta orden y concierto en todo lo que hacen».

En términos de «uso y costumbres», o incluso de «orden y concierto», la diferencia cultural parece muy grande, y hasta insuperable. Pero la clave de todo esto se encuentra en la única conversación que el jesuita tuvo con el rey; conversación que se dio la segunda vez que el grupo de portugueses fue invitado a la corte. Una vez más los portugueses tuvieron que esperar mucho tiempo en la «explanada de palacio», donde encontraron un «embajador brahmán» de Vijayanagara, que asistía también a la corte de Bijapur. Empezó un debate entre este brahmán, por un lado, y Fray António Pegado y Gonçalo Rodrigues, por el otro; y como siempre, el relato portugués nos cuenta el triunfo desde el punto de vista cristiano: «e hice concluir al brahmán con una demostración que no pudo responder y quedó corrido y confundido». Finalmente llegó la hora de la verdad, cuando el grupo de portugueses fue conducido ante el rey. «Ya hartos de esperar y bien mortificados, por la tarde el rey mandó que entráramos y así lo hicimos. Lo encontramos sentado en un estrado de brocado en el que pusimos los pies. Tras la cortesía de costumbre, mandó que nos sentáramos a mano derecha; se encontraban sentados con él tres señores principales así como el círculo

de los más íntimos, entre los que cabe destacar, Xirquão [Sher Khan], capitán de Bilgão [Belgaum], y Coxarquão [Kishwar Khan], regidor del reino, y su secretario. Nos preguntó por los libros de la ley. Le entregamos una Biblia encuadernada en terciopelo dorado y el *Contra gentiles* de Santo Tomás. Se alegró mucho de verlos y fray António Pegado dijo algunas palabras sobre ellos, a las que siguió un discurso humilde y benévolo sobre lo que habíamos venido a hacer. El rey lo escuchó con atención y dijo que se alegraba mucho de vernos y que era un gran amigo de los portugueses, sobre todo del Arzobispo...».

La cuestión de la amistad, y hasta la de una posible alianza entre Bijapur y los portugueses contra los otomanos, se retoma en otro momento de la carta: «Y así dijeron el rey y los suyos que, para atacar a los *rumes*, habían prestado al Virrey cerca de cien mil *pardaos* y todo lo que pudiera tener necesidad». Desde el punto de vista de la personalidad, parece que Ali Adil Shah dio una buena impresión a sus interlocutores portugueses durante la entrevista. Según dice el propio Rodrigues: «Este rey es de buena condición, es un hombre gentil, liberal y magnánimo, el príncipe más gentil que yo haya visto». Sin embargo, los portugueses notaron cierto aire de falsedad que los dejó totalmente perplejos. «[El rey dijo] que quería preguntar algunas cosas y que no nos molestáramos con ellas aunque fueran bajas. Así preguntó tres cosas en este orden: la primera, si Cristo nos había dado precepto de qué y cómo habíamos de vestir; la segunda, si nos prohibió el vino y si podíamos comer carne de elefante; la tercera, si podíamos beber orines sin estar en pecado. Respondimos a estas fatuas preguntas y, satisfecho, el rey mandó traer unas túnicas de seda y brocado e hizo que nos las pusieran sobre los hombros, a cada uno la suya, y también nos dio un tocado a cada uno; con esto se despidió diciendo que nos mandaría llamar en otra ocasión con más tiempo, y entonces nos despidió»<sup>16</sup>.

¿A qué vienen estas «fatuas preguntas»? ¿Por qué el rey era «mancebo» y estaba lleno de «curiosidad», como dice Rodrigues en su carta? ¿Por qué el rey quiso ridiculizar a los religiosos cristianos con su pregunta sobre las vestimentas o con la de las costumbres alimenticias? Estas palabras de Idalcão están llenas de misterio.

El otro punto de interés en estas discusiones es la propuesta de alianza contra los *Rumes*, es decir, contra el Imperio Otomano. Sabemos que Ali Adil Shah, chiíta ferviente, mantenía mejores relaciones con los Safavidas

<sup>16</sup> Sobre este tipo de ceremonia con «túnicas», véase Stewart Gordon, «Robes of honour. A 'transactional' kingly ceremony», *The Indian Economic and Social History Review*, vol. 33, Núm. 3, 1996, pp. 225 a 242.

del Irán que con los Otomanos. Sin embargo, los acontecimientos políticos de la década de 1560 fueron otros que los que la carta de Gonçalo Rodrigues nos da a entender<sup>17</sup>. Cuatro años después de esta embajada, Ali Adil Shah estableció otra alianza, esta vez con los sultanatos de Golconda y Ahmadnagar, para romper el poder de Vijayanagara. A finales de la misma década, el sultán de Bijapur volvió a atacar los territorios portugueses colindantes a su propio reino, acción que llegó a poner en peligro la portuguesa ciudad de Goa. Así, desde la perspectiva de la década siguiente, 1570, aún parece más extraña la embajada de Francisco Lopes y del padre Gonçalo Rodrigues en 1561. Sea como fuere, todavía queda por resolver la verdadera respuesta a las preguntas de Idalcão, o por lo menos una mínima pista que nos permita saber por qué, en este extraño encuentro, *also sprach der Idalcan*.

*Traducción: Isabel Soler*

<sup>17</sup> Véase nuestro estudio «*The trading world of the western Indian Ocean, 1546-1565: A political interpretation*», en Artur Teodoro de Matos y Luis Filipe F. Reis Thomaz, coords., *A Carreira da Índia e as Rotas dos Estreitos: Actas do VIII Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa, Angra do Heroísmo, 1998*, pp. 207 a 227.